

Biblioteca Era

www.edicionesera.com.mx

José Emilio Pacheco

Ramón López Velarde

La lumbre inmóvil

Selección y epílogo
de Marco Antonio Campos

Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Ramón López Velarde y la posesión por pérdida

.....

Ramón López Velarde nació en Jerez, Zacatecas, el 15 de junio de 1888, el mismo año en que Rubén Darío publicó *Azul*. Como Manuel Gutiérrez Nájera, murió antes de cumplir cuarenta años y nunca salió del país. Empezó a escribir cuando estudiaba humanidades en el Seminario de Aguascalientes. En 1906 fundó la revista *Bohemio* con Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba y otros amigos. Fue a estudiar Derecho a San Luis Potosí. Descubrió a Francisco González León y Leopoldo Lugones, quienes le ayudaron a encontrar su propia voz en las páginas que formarán *La sangre devota*. En esta ciudad conoció a Francisco I. Madero y tuvo simpatía por sus ideas. Sin embargo, la violencia de la Revolución y su temperamento ortodoxo propiciaron en López Velarde una actitud de recelo.

En 1911 recibió su título profesional. El Partido Católico lanzó su candidatura a diputado suplente por Jerez. Pasó algunos meses en la Ciudad de México. En *El Regional* (Guadalajara) y *La Nación* escribió la *Prosa política*, recopilada en 1953 por Elena Molina Ortega, que se interrumpe poco antes de la Decena Trágica. En 1914 se estableció con su familia en la capital. Tuvo un despacho de abogado en Madero número 1, donde hoy se levanta la Torre Latinoamericana. Colaboró en *Revista de Revistas*, *El Universal Ilustrado* y *México*

Moderno con prosas que intentaron ser nada más crónicas, pero que forman parte de su poesía: *El minuterero* y *El don de febrero*. Dirigió con Enrique González Martínez y Efrén Rebolledo la revista *Pegaso*. Dio clases de literatura en la Escuela de Altos Estudios (hoy Facultad de Filosofía y Letras) y fue secretario de Manuel Aguirre Berlanga, ministro de Gobernación.

Al año siguiente de que López Velarde dedicó *La sangre devota* “a los espíritus de Gutiérrez Nájera y Othón”, murió en el Valle de México su primer amor: Josefa de los Ríos, “Fuensanta” (1880-1917). Entonces cortejó a Margarita Quijano (1878-1975), quien es la protagonista de *Zozobra* y del enigma de amor más intenso de la poesía mexicana. La frustración de esta idolatría engendró sus mejores poemas y lo llevó a aferrarse de nuevo no ya a Fuensanta sino a su recuerdo espectral. Cuando acababa de cumplir treinta y tres años murió asfixiado de neumonía y pleuresía a raíz de un paseo nocturno por las calles de México.

López Velarde cierra el modernismo mexicano. Al mismo tiempo que José Juan Tablada, lo convierte en modernidad, piedra de fundación de nuestra poesía contemporánea. Sólo el concepto que identifica al modernismo con una de sus maneras, la de Darío en *Prosas profanas* (1896), ha hecho que no se considere modernista a López Velarde y se prive a esta corriente renovadora del mayor poeta que tuvo entre nosotros. Las influencias que le sirvieron para despertar su originalidad son tan modernistas como sus gustos y sus afinidades. En todo caso, se parece más a los escritores del novecientos que a los vanguardistas de los veinte. Ellos abandonan la rima, elemento esencial en López Velarde y en Lugones. La amplitud de su visión y la actualidad de muchas imágenes le dan un sitio único en la galería de soledades que fue el modernismo.

Si Julio Ruelas pudo haber ilustrado “El sueño de los guantes negros”, en cambio “los gatos que erizan el ruido/y forjan una patria espeluznante” se inscriben en otro ámbito que nada tiene que ver con la *Revista Moderna* y que obedece a “la pauta de la última estética, libre de los absolutismos de la perfección exterior”.

Es un poeta de tal complejidad que necesitaría de una exégesis verso a verso como la que se ha hecho con Luis de Góngora. López Velarde presenta una pluralidad de alusiones, reticencias, elipsis, sobreentendidos y significados subtextuales como no hay en ninguno de sus antecesores mexicanos. El conflicto básico es semejante al de Nervo (“nuestra única grandeza moral consiste en la pugna que nos roe las entrañas”) pero sus dones poéticos son mayores y añade a su sabiduría verbal cuanto lograron quienes lo precedieron. Con la pugna entre carne y espíritu aquéllos hicieron casi siempre retórica; López Velarde hizo casi siempre poesía.

Con López Velarde el poeta abandona sus máscaras sucesivas: orador, consejero, padre de la Patria, dandi, mártir atormentado por la sociedad, y se convierte en el hombre de la calle, en el paseante de la avenida Madero, en el conversador que da a la lengua cotidiana la electricidad del modernismo, “la moral de la simetría”. Es contemporáneo de sus contemporáneos: Franz Kafka, T. S. Eliot, César Vallejo. Jules Laforgue y su bufonería dolorida lo aproximan al joven Eliot; su desolación lo relaciona con el primer Vallejo; su aversión a la vida familiar (“taller de sufrimiento, fuente de desgracia, vivero de infortunio”); su horror ante la posibilidad de engendrar un hijo es semejante a la actitud de Kafka.

Existe en la zozobra, oscila sin hundirse, dividido entre el falso edén de la vida provinciana durante el Porfiriato y el porvenir sin rostro del que nada teme tanto como la pro-

gresiva angloamericanización de México; entre la sexualidad, que en el siglo XVI los españoles identificaron con el mundo árabe para condenarla, y “la sangrienta flor del cristianismo”; entre la cara de la Virgen y el cuerpo de una triple del Teatro Lírico. Su liturgia es la veneración del amor físico y metafísico; su remordimiento, la conciencia católica que diaboliza el mundo y la carne; su horror, la fugacidad de la vida y la corrupción final de nuestros cuerpos. Se juega todo a una sola carta, el poema, que se nutre de la experiencia vivida por alguien tan débil y tan torpe como nosotros, pero que escribe con la intuición más honda y el raciocinio crítico más despierto, con ingenuidad y habilidad, “con la ignorancia de la nieve/y la sabiduría del jacinto”.

López Velarde no pudo conocer la teoría freudiana sobre la sexualidad infantil y amó en Fuensanta la niñez perdida, “el sueño de la inocencia”. Jerez y Fuensanta cifran un mundo de fantasía anterior a su encuentro con el verdadero mundo y con el tiempo de “la primera amargura”. Nadie sabe en verdad lo que fue su infancia porque sólo se tiene conciencia de ella desde la vida adulta. La niñez de López Velarde queda inmutable, inmune al cambio y a la degradación. No ha muerto, sólo ha dejado de existir para disolverse en él mismo.

Fuensanta y el pueblo (y por extensión la provincia) son las metáforas de la Madre y de la Virgen. Para que el mito interno siga en pie ha de preservarse la virginidad de Fuensanta. Como el tiempo no puede detenerse, en el momento de *La sangre devota* la virgen de Jerez se ha convertido en un prototipo cruel: en la solterona de la colonia Roma. *Zozobra* (1919) fluctúa entre Fuensanta y Margarita, entre el niño de un Jerez en perpetua cuaresma y el paseante de la avenida Madero, entre “el edén subvertido” por la Revolución y la ca-

pital con sus “flores de pecado”: las cortesanas que pasean en carretela y las humildes prostitutas de Cuauhtemotzin. Contiene cuarenta poemas escritos entre 1916 y 1919, desde los veintisiete hasta los treinta y un años. Al ordenarlo en forma no cronológica, López Velarde quiso que se iniciara con la agonía de Fuensanta (“Hoy como nunca...”), tuviera su centro en los poemas dedicados a Margarita –ciclo que comienza en “Transmútase mi alma...”, “Que sea para bien...”, “La mancha de púrpura”, y culmina en “La lágrima...”– y concluyera en el punto de partida: “Humildemente...”, el poema del regreso a Jerez que consagra “A mi madre y a mis hermanas”.

La resonancia casi unánime que ha tenido su obra y el magnetismo que atrae las admiraciones más contradictorias sólo resultan explicables por el hecho de que alcanzó a poetizar algo que está en nosotros, y lo hizo con una mezcla de misterio y exactitud que se transforma en una nueva belleza. La muerte, que en la cultura sajona se representa con figura de hombre (“Mister Death”), en el catolicismo y en las religiones autóctonas es, y no puede ser de otra manera, una deidad femenina. Como las calaveras omnipresentes lo mismo en las iglesias españolas que en el centro ceremonial de Tenochtitlan, la muerte recorre toda la poesía de López Velarde. A semejanza de la Virgen que fue nuestro catecismo, la muerte es también Nuestra Señora. El primer abrazo y el último se confunden: la amada de López Velarde asume finalmente los rasgos de la muerte, el ritual del amor cobra sentido porque es celebrado al borde de un abismo.

López Velarde vive cada momento con una “intensidad incisiva”, en la pasión por la Mujer que es todas las mujeres y también el alma del mundo y la *donna angelicata*. El mito de la Caída es la verdad del Tiempo. Hundidos en él, sepa-

rados por el sufrimiento, los amantes esperarán en la tumba el día de la tormenta final, el dogma de la resurrección de la carne. Sólo en ese otro mundo podrán unirse. En las dos grandes ocasiones de su vida López Velarde no materializó su pasión. La espada de castidad volvió a interponerse entre Tristán e Isolda. La amada –participio pasivo– no se convirtió en la amante –participio activo–, quizá por miedo a destruir su aura ambigua y atentar contra la pasión original bajo los estragos de la domesticidad y la fecundidad. Ramón López Velarde encarnó así lo que en *Amor y Occidente* Denis de Rougemont ha llamado “la posesión por pérdida”, que es el núcleo secreto de su poesía.

En los cincuenta años de “La suave Patria”

.....

Hoy se cumple el cincuentenario de “La suave Patria”. Ramón López Velarde fechó el manuscrito “24 abril, 1921”, dos meses antes de su muerte. Fue el último poema que alcanzó a ver impreso. Apareció en el número de junio de *El Maestro*, la revista de José Vasconcelos, dirigida por Enrique Monterverde y Agustín Loera y Chávez. Tiraba sesenta mil ejemplares que se distribuían gratis en las escuelas mexicanas e hispanoamericanas. Esta circunstancia ayuda a explicar la celebridad inmediata de “La suave Patria” y su conversión en un especie de segundo Himno Nacional que oscureció para el gran público la obra restante de López Velarde.

Ni la Independencia ni la Reforma ni la Revolución produjeron una épica que las celebrara. *Los de abajo*, *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* nacen del desencanto y son una crítica de la violencia. Es natural que se haya intentado hacer de “La suave Patria” el poema épico que le faltó al movimiento revolucionario.

López Velarde no tuvo esta ambición: quiso al mismo tiempo conmemorar el primer siglo del México independiente (1821), lamentar el cuarto centenario de la caída de Tenochtitlan (1521) y, sobre todo, poetizar sus diarias sensaciones y reflexiones sobre la realidad íntima, no histórica ni política, del país, como dijo en una prosa, “Novedad de la Patria”,

borrador teórico del poema. Gracias a una crónica de José Natividad Rosales en *Siempre!*, ahora sabemos que fue escrito a lo largo de dos años mediante un proceso casi novelístico.



“La suave Patria” consta de ciento cincuenta y tres endecasílabos: dieciocho corresponden al proemio, cincuenta y seis al primer acto, cincuenta y nueve al segundo y veinte al intermedio. Sólo un verso alude a la Revolución y lo hace de manera indirecta al referirse “al hambre y al obús”. Esto no es sorprendente: cuando murió López Velarde apenas se iniciaba la llamada “etapa constructiva”; del enorme incendio que transformó a México el poeta no alcanzó a ver sino la llamarada: la guerra civil entre las facciones que se disputaban el poder. Alguien que pretendiera pasarse de listo podría leer la alusión al “correo chuan/que remaba la Mancha con fusiles” como reacción y anhelo de alejarse pues, ya se sabe, los chuanes fueron los campesinos monárquicos de La Vendée que lucharon contra el gobierno revolucionario francés.

A pesar de todo, la “doctrina política” (como se decía entonces) del poema no podría haber existido sin la Revolución: López Velarde propone el regreso a la tierra, a nuestra tierra, la de un país pobre “vestido de percal y de abalorio”, materiales humildes. México no es el cuerno de la abundancia descrito por Humboldt y vendido a los inversionistas extranjeros por la ciencia ficción, la ficción *científica* del Porfiriato. López Velarde protesta de manera oblicua y sutil contra la anglosajonización de México que ya está matando su “ánima” y su “estilo”. Da a la Patria el consejo, impracticable ante el desarrollo de las fuerzas productivas, de ser

“siempre igual, fiel a tu espejo diario”. Quiere que siga siendo un país agrícola y no acepte una industrialización que en última instancia sólo beneficiará al gran dinero que se maneja desde Wall Street y que codicia, si es que no posee, los diabólicos “veneros de petróleo”.

Tal vez la fe de Virgilio en los trabajos del campo sea el sentido de la mención a “la carreta alegórica de paja”, situada como “un trono/a la intemperie”. Algunos de sus artículos hablan de estas preocupaciones: “La avenida Madero”, “La conquista”, “La fealdad conquistadora”. La intención bucólica hizo sonreír a quienes en 1946 celebraron los primeros veinticinco años del poema. En 1971 el desencanto del progreso y la impugnación a la sociedad industrial le dan un nuevo sentido. Frente a la guerra de Vietnam, parece mejor cultivar arroz a orillas del Mekong que producir napalm en Chicago.



Sólo aquellas partes del territorio nacional que conocieron sus sentidos –Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y la Ciudad de México– constituyen la Patria, la íntima Patria de López Velarde. No habla de lo que no ha vivido: permanece voluntariamente sordo, ciego y mudo ante el México de los mares y de los grandes ríos. Pero en la zona espiritual colonizada por él domina la presencia de las mujeres. Escuchamos sus risas y sus gritos, las vemos transformarse en tiempo, encarnar el tiempo y pasearse en carretela por la avenida Madero, asistir a fuegos de artificio, atravesar la página “como hadas,/o destilando un invisible alcohol”; hacen que el lugar se llene con el aroma de su ropa nueva, crean en las ferias “la lujuria y el ritmo de las horas”.

La relación con la Patria es más erótica que filial. López Velarde le habla como si ella fuera una muchacha que tiene “mirada de mestiza”, capaz de poner “la inmensidad sobre los corazones”, cabello rubio (el maíz que nos alimenta y a la vez torna en desierto la tierra que lo nutre). Es pobre en su miseria colorida y sonora, deja probar su lengua de amor a los tristes y a los felices, asoma por la reja en una cauta invitación al raptó, tiene en fin “frescura de rebozo y de tinaja” y “carnosos labios de rompopé”.

Un anhelo nupcial estremece el poema: el deseo de las bodas que su autor no pudo consumir y que sólo se cumplirán cuando su esqueleto se una al “cadáver hecho poma” de Fuensanta, a quien el poeta sepultó cuatro años atrás, en 1917. La estrofa más intensa de “La suave Patria” es aquella en que López Velarde parece hablar de la muerte de Fuensanta y de su propia muerte. (La idea de la unión de ultratumba está desarrollada en el poema póstumo “El sueño de los guantes negros”.)



El catolicismo de López Velarde se manifiesta en por lo menos siete alusiones: el Niño Dios, el “pan bendito”, la higuera de San Felipe de Jesús, “la cuaresma opaca”, la “respiración azul de incienso”, las palmas del Domingo de Ramos, “el ave taladrada en el hilo del rosario”. Su integridad se demuestra en el hecho de que el único héroe al que considera “a la altura del arte” es Cuauhtémoc, en vez de loar al general Álvaro Obregón, todopoderoso del momento. El conjunto de versos que le dedica son un prodigio de laconismo y concentración. Para describir la caída de los aztecas emplea imágenes como “el sollozar de tus mitologías” y “los ídolos

a nado”, que ya no pertenecen al modernismo, sino a la lírica contemporánea.

Si en un instante de torpeza se había dejado decir “el harapo que algunos llaman raza indígena”, en el poema se solidariza con el último tlatoani, ve la victoria de Cuauhtémoc en su misma derrota y su tormento, asume la condición del mestizo al marcar su distancia respecto a los hispanistas y al referirse al castellano como el “idioma del blanco”.

López Velarde no se propuso sino escribir un poema lírico en un plano que no era el suyo. Habló “a la manera del tenor que imita/la gutural modulación del bajo”. Logra ser íntimo y no épico. Pero su intuición lo hizo expresar en pocas palabras nociones que requerirían volúmenes enteros para dilucidarse por medios no poéticos: “Como la sota moza, Patria mía,/en piso de metal, vives al día,/de milagro, como la lotería”.



Ha pasado ya medio siglo. Hoy como entonces vivimos al día y de milagro. Pero el escenario de “La suave Patria” ya no existe. El poema nos sigue fascinando y aún nos parece de excepcional valor artístico porque representa la fantasmagoría de lo que no vivimos, de lo que no podemos recordar: el homenaje a lo inmemorable mediante lo pasado de moda, hubiera dicho Walter Benjamin.

“La suave Patria” no inicia una tradición de poesía nacionalista: cierra con el brillo cegador de un sol poniente la gran aventura del modernismo. Ramón López Velarde se despoja de su experiencia para contemplarla bajo la luz intolerable de la melancolía: se despide de un México que fue suyo y que se borra y se pierde para siempre.

Epílogo
López Velarde visto por José Emilio Pacheco

.....

Como Xavier Villaurrutia fue el gran crítico literario mexicano del siglo XX, José Emilio Pacheco no tiene parangón entre nosotros como periodista literario. Por cosa de cincuenta años enseñó irreprochablemente cómo puede escribirse cada semana un admirable texto sin repetirse. Nos obligó a ver con una mirada abierta los pasados literarios y los presentes múltiples. En su periodismo tomaron vida el ensayo, la crónica y, con rara maestría en nuestro medio, el artículo ficción. Con lucidez imaginativa y con imaginación lúcida profundizó no sólo en lo que es y ha sido la tradición occidental, sino cómo pudo haber sido o cómo hubiéramos querido que fuera. En su periodismo se observan las artes y los estudios que conoció mejor: poesía, literatura, historia, política. A escala, en alguna dirección, tales conocimientos se dejan ver en el espléndido conjunto de ensayos, crónicas y poemas sobre Ramón López Velarde que cada cierto tiempo escribió.

Si en los años diez del siglo XX, entre sus coetáneos, sobre todo con la publicación de *Zozobra*, López Velarde no tuvo del todo una buena recepción, si era visto con una mirada de reojo, eso cambió pronto. Salvo excepciones, no hay casi de hecho poeta importante, desde los Contemporáneos y los estridentistas hasta los poetas de la generación de los